

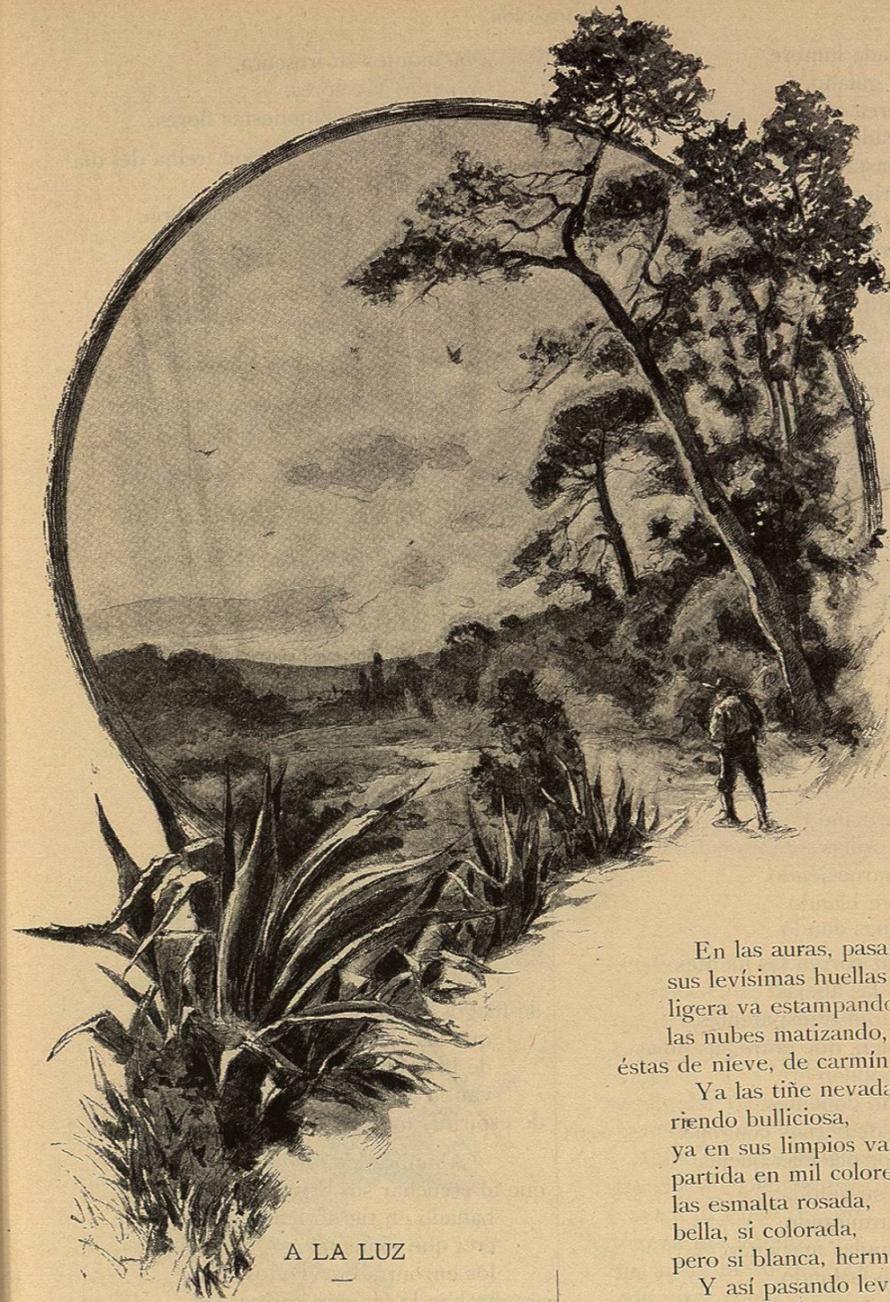
Y así su son los ambientes  
te den, y el Abril sus galas,  
ruido las mansas corrientes,  
oro las rubias zagalas,  
plata las serenas fuentes.

Y al valle tu olor prestando,  
con muelle calma estés viendo  
cruzar por el aire blando,



ya las tórtolas gimiendo,  
ya las alondras cantando.

Y adiós; que turbio ilumina  
el vespertino arrebol;  
déjame, flor peregrina,  
que trasponga esa colina  
antes que ese monte el sol.



A LA LUZ  
—  
SILVA PRIMERA  
LA MAÑANA

Ya la luz matutina  
fantástica, riente,  
se asoma peregrina  
por el rosado Oriente,  
y rica y esplendente  
entre risas y perlas se avecina.

En las auras, pasando,  
sus levísimas huellas  
ligera va estampando,  
las nubes matizando,  
ésta de nieve, de carmín aquéllas.

Ya las tiñe nevada,  
riendo bulliciosa,  
ya en sus limpios vapores,  
partida en mil colores,  
las esmalta rosada,  
bella, si colorada,  
pero si blanca, hermosa.

Y así pasando leve,  
fugaz de nube en nube,  
pisando veleidosa  
con su fúlgida huella,  
ésta con pies de nieve,  
con pies de rosa aquélla,  
la luz de la mañana  
por el Oriente sube,  
derramando lozana  
con grata confusión jazmín y rosa.

Su colorada lumbre,  
como tapiz galano,  
desde la aérea cumbre  
del más alzado monte  
tiende risueña hasta el florido llano.

Y discurriendo esquiva  
por el vago horizonte,  
entre sombras y lejos  
tiñe con sus reflejos  
la niebla fugitiva;  
y así con raudo vuelo  
sus vivos resplandores  
cruzan el ancho cielo,  
cegando estrellas y dorando flores.

Las despeñadas fuentes  
su venida celebran  
hirviendo transparentes,  
y con bullir sonoro,  
entre las guijas de oro  
cuajando espuma sus cristales quiebran.

El amoroso bando  
de céfiros süaves  
va por el valle errando,  
sin fin multiplicando  
los dulces ecos de las dulces aves.

Saludan la alborada  
los arroyos corriendo,  
los pájaros trinando:  
aquéllos las orillas  
de perlas guarneciendo,  
y éstos al aire blando  
plumas y sonos dando.

Ligeras á su luz corren las fuentes;  
solicitas susurran las abejas:  
los céfiros murmuran transparentes,  
y los olmos también, que entre sus hojas  
las tórtolas cobijan  
que, gimiendo dolientes,  
ya exhalan de dolor tiernas congojas,  
ya repiten de amor plácidas quejas.

Anuncian su venida  
las auras murmurando,  
los árboles sus cúpulas meciendo,  
las ovejas estáticas balando,  
la mar sonora con su ronco estruendo,  
con sus lánguidos sonos los ambientes,  
con sus cantos los dulces ruisiñores,  
bajando de los montes las corrientes,  
subiendo de los llanos los pastores.

El prado su verdura  
le ofrece cuando huella sus alfombras,  
espejo el agua pura,  
los árboles sus sombras,

los montes su frescura,  
y perlas y colores,  
verdor y aroma las modestas flores.

— ¡Celeste emanación, reina del día!  
aunque en silencio mudo,  
si te veo ahuyentar la noche umbría,  
yo también te saludo  
con toda la efusión del alma mía.

Ven, luz resplandeciente,  
cruzando el éter con serena calma,  
porque las negras sombras  
que en el turbio Occidente  
á tu aspecto cobardes se apiñaron,  
impuras me dejaron  
sin paz los ojos, sin sosiego el alma.  
Vea hundirse en el lóbrego Occidente  
esa turba de nieblas malhadada  
en confuso tropel, y sean nada  
al dulce albor de tu serena frente.

Deshaz las sombras, portadoras antes  
de regalados sueños,  
y que en sus alas de vapor flotantes,  
me traen hoy fatídicos ensueños.

Oscurece en tu espléndido camino  
las pálidas estrellas,  
porque no dude entre ellas  
cuál la estrella será de mi destino.  
Llévate en pos la desmayada luna,  
que tristes para mí sus rayos fueron,  
pues mil promesas por su faz me hicieron,  
y nunca ¡oh luz! se me cumplió ninguna.

Apaga esplendorosa  
de fuegos fatuos los siniestros brillos,  
que las alas hendiendo  
de la nocturna brisa,  
van la amarga sonrisa  
de espíritus maléficis mintiendo.

Alumbra los torrentes;  
que al escuchar sus desacordes ruidos,  
bañado en tierno llanto,  
creí que violentos  
los encontrados vientos,  
arrastraban la fúnebre carroza  
del erizado espanto.

Y rica de colores,  
y pródiga de rosas y jazmines,  
matiza los vapores  
que pueblan los ambientes,  
porque henchidos de cándida pureza,  
imiten relucientes  
las alas de los blancos serafines.



#### SILVA SEGUNDA

#### EL MEDIODIA

Descompuesta en cambiantes  
por el éter resbalas  
serena luz del cielo  
con ilustre decoro,

tendiendo en manso vuelo  
las relucientes alas  
que engalanan, vistosas,  
topacios y diamantes,  
como tu albor brillantes,  
y fúlgidas y hermosas  
ricas cenefas de amaranto y oro.

Cándida fulgurando  
tus rayos esplendentes,  
vas en tu curso blando  
serena matizando  
las auras lisonjeras  
con visos transparentes,  
y limpia reverberas  
si en los aires azul, blanca en las fuentes.

Luciendo esplendorosa  
la atmósfera enriqueces,  
á veces de oro y rosa,  
de nieve y grana á veces;  
y al repartir galana  
ya el oro, ya la nieve,

ya la encendida grana,  
con mágicos vislumbres  
bordas, pasando leve,  
de plata el ancho mar, de oro las cumbres.

Y pura y rutilante,  
desde tu claro asiento  
con vagos resplandores  
esclareces brillante  
la tierra de colores,  
si de llamas el viento;  
y arrastrando lumbrosa  
de blancos arreboles  
el escuadrón lucido,  
cruzas el aire, de tu gloria henchido,  
con alas de jazmín y pies de rosa.

Alzas el vuelo ardiente  
hacia el cenit radiante,  
y en él vivificante  
blanca te enseñoreas,  
y con ligero paso,  
desde el risueño Oriente  
hasta el ceñudo ocaso,  
tu corte luminosa  
en alas de tu ardor libre paseas.

Y al fogoso ardimiento,  
aunque fogoso, grato,  
de tu abrasado aliento,  
con magnífica pompa y rico ornato  
arden los bosques y se enciende el viento.

Natura, fascinada  
al dulcísimo peso  
de tan puro embeleso,  
se aduerme sosegada.  
Ni balan las ovejas,  
ni las hojas se mueven,  
ni las volantes auras  
á murmurar se atreven.  
Se ostentan en sus tallos  
inmóviles las flores;  
tendidos á las sombras,  
del soto en las alfombras  
se mira á los pastores.  
Mudos callan los ecos,  
las diáfanas corrientes  
débil rumor levantan;  
y con blando reposo  
en éxtasis sabroso  
ni el aura vuela, ni las aves cantan.

Tal vez en la espesura  
el céfiro despierta

para tejer doseles  
de rosas y claveles,  
porque en la frente pura  
del clavel y la rosa  
se mitigue la saña  
de la luz enojosa,  
cuando estival con profusión nos baña.

Cruzando perezosos  
el prado los insectos,  
los rayos luminosos  
con lánguido desmayo  
embelesados miran,  
y mil átomos giran  
en torno al resplandor de cada rayo.

A flor del agua pura  
los peces se levantan  
desde el profundo asiento,  
y rápidos quebrantan  
su límpida clausura  
con presto movimiento.  
La tersa superficie  
se muestra delicada  
partida en cien espejos,  
y el aire matizando,  
bellísimos reflejos  
irradia colorada.  
En la fuente serena  
se mira rodeado  
cada grano de arena  
de puros arreboles,  
y en fingido traslado  
cada gota gentil miente mil soles.

Los ánades sus alas  
sobre las aguas tienden,  
que cual lustrosos prismas  
mil colores desprenden;  
y ya azul, ya rosada,  
ya de color de nieve,  
sutilísima, leve,  
la luz brillando, salta  
de sus flotantes plumas,  
y blanca y azulada,  
y de color de rosa,  
y espléndida y hermosa,  
ligeramente esmalta  
las bullentes y cándidas espumas.

Pulidos reluciendo  
los purpúreos corales,  
los nácares y conchas  
y perlas orientales,

con fúlgida armonía,  
espléndidos parecen  
los blancos arenales  
alfombras de brillante pedrería.

La meridiana lumbré  
su planta esplendorosa  
sobre las nubes sienta,  
y allá en la excelsa cumbre  
la frente nacarada  
de záfiro ornada,  
con pompa, majestad y orgullo ostenta.

Vertiendo ardor fecundo,  
con pies de rosicler bordando flores,  
la luz que tanto adoro  
con leves alas de oro  
el claro vuelo sigue, henchiendo el mundo  
de arreboles y llamas,  
y reflejos y visos y colores.

— Serena luz: ¡qué hermosa,  
arrastrando tu séquito lucido,

cruzas el aire, de tu gloria henchido,  
con alas de jazmín y pies de rosa!

Por eso arrebatadas  
por beber de tus rayos celestiales  
la benéfica lumbré,  
rápidas hienden la celeste cumbre  
en vistoso tropel las garzas reales.

Por eso transparentes  
caminando las fuentes  
con sosegadas huellas,  
ni murmuran querellas,  
ni arrojan perlas, ni rumor levantan;  
y sin duda por eso  
adormidas con mágico embeleso,  
ni el aura vuela, ni las aves cantan,

¡Oh! Corona la esfera  
del ardimiento grato  
de tu abrasado aliento,  
porque al fulgor de tu imperial carrera,  
con magnífica pompa y rico ornato,  
ardan los bosques y se enciende el viento.

